

LA POLÍTICA INTERNACIONAL EN EL PRIMER TRIMESTRE DE 1952

La actualidad internacional del año 1952 ha tenido en el viaje del «premier» británico, Winston Churchill, a los Estados Unidos y al Canadá, su primer acontecimiento de importancia. Como manifestación de la política de contactos personales que siempre ha patrocinado el jefe de los conservadores británicos, este viaje ha constituido sin duda un éxito. Sus entrevistas con el Presidente Truman y otros altos representantes de la política norteamericana le han permitido tratar directamente los muy diversos problemas que el mundo occidental tiene planteados en los diversos escenarios continentales. La variedad de los temas tratados se refleja perfectamente en el comunicado final facilitado al término de las conversaciones. El comunicado alude a la política atlántica conjunta en estos términos: «A lo largo de todas las conversaciones hemos quedado impresionados por la necesidad de fortalecer la organización del Tratado del Atlántico Norte por todos los medios a nuestro alcance y en pleno acuerdo con los demás miembros.»

Precisamente este trimestre ha tenido mucha importancia para la organización defensiva occidental, por la serie de conferencias celebradas, los resultados a que en ellas se ha llegado y porque, además, se ha puesto de relieve cómo el desacuerdo de uno de los miembros por causa de la crisis de su política interior puede poner en peligro todos los esfuerzos de los demás. A medida que el tiempo pasa se hace más necesario llegar a resultados concretos, abandonando una etapa de vaga indeterminación cuya prolongación es sumamente peligrosa para el Occidente. Los Estados Unidos son los más interesados en llegar a resultados eficientes, porque de ello depende que su enorme esfuerzo financiero no sea baldío. De aquí que en la actualidad la política norteamericana con respecto a Europa obedezca a un criterio realista, que debiera haber imperado hace mucho tiempo, y que en virtud de él se conceda a Alemania toda la importancia que tiene en el cuadro defensivo europeo. Si a la vista de los acontecimientos de este trimestre quisiéramos buscar la antítesis de su criterio, nada nos lo ofrecería mejor que la actitud francesa, vuelta de espaldas a la realidad y tratando de defender sus propios puntos de vista, aunque éstos no se acomoden con los intereses más generales de la comunidad a que pertenece y en la que ella se ha querido arrojar cierto preeminente protagonismo.

Es indudable que Alemania es una pieza fundamental en los planes de la Comunidad Europea de Defensa, como lo recogía el comunicado final de la inútil Conferencia de la N. A. T. O. en Roma. Pero también Francia ha insistido una y otra vez en su recelo hacia una participación alemana que conduzca a la formación de un Estado Mayor alemán o a la creación de unidades germanas de algun entidad. En este estado de cosas, y cuando la Conferencia de la N. A. T. O. en Lisboa se presentaba como decisiva para decidir la realización del Ejército europeo, Alemania ha jugado

una gran carta diplomática, manejando hábilmente dos cuestiones distintas: el problema del Sarre y su incorporación a la Organización del Pacto del Atlántico.

Los días 26 y 27 de enero se reunían en París los ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad Europea de Defensa. El jefe de la delegación alemana, Hallstein, hizo unas declaraciones en la sesión de la tarde del 27, que en París fueron calificadas de «bomba alemana» y que, como primera consecuencia, tuvieron la virtualidad de que el ministro francés, Schuman, suspendiera las deliberaciones para considerar la nueva situación. Es necesario decir que el día antes de reunirse en París los ministros del bloque defensivo europeo, el Consejo de Ministros francés nombraba al alto comisario Grandval jefe de la misión francesa en el Sarre, con categoría de embajador. Dos días después, Hallstein y el propio canciller Adenauer informaban que Alemania no daría su conformidad a la participación en el Ejército europeo en tanto no fueran satisfactoriamente resueltas la nueva situación creada en el Sarre por el nombramiento de un embajador francés y la futura participación alemana en el Pacto del Atlántico.

La importancia de lo planteado por la Alemania occidental se deriva del hecho de representar para Francia un serio frenazo en las dos direcciones en que principalmente estaba trabajando su política europea. De un lado, la que tiene por objetivo la separación del territorio sarrés de Alemania y su incorporación económica a Francia; de otro, aquella que se propone reducir al mínimo la amenaza del rearme alemán mediante la estructuración de los planes defensivos europeos de acuerdo con el Plan Pleven.

Este Plan, que es sobre el que trabajan las reuniones de la Comunidad Europea de Defensa, se sitúa ante lo inevitable de la participación armada de Alemania, pero con el propósito de recortarla lo suficiente para tranquilizar los temores franceses. Lógicamente, Alemania se opone a ser tratada en condiciones de desigualdad, tanto más cuanto que su ayuda es solicitada, y en un momento indudablemente adecuado ha planteado la cuestión, consciente de que al hacerlo así paraba toda la máquina de las negociaciones para el rearme europeo, que tanto interés tiene Washington en que no sufra detenciones. Para que en el común esfuerzo defensivo Alemania sea tratada en condiciones de igualdad, Hallstein propuso una doble fórmula: bien que toda la Comunidad Europea de Defensa se incorpore al Pacto Atlántico, lo que implica la incorporación de Alemania al mismo; bien que, permaneciendo separadas ambas Organizaciones, toda decisión de la N. A. T. O. que atecte a Europa sea sometida a la unánime aprobación de un Consejo Europeo de Ministros de Defensa. Pero, a su vez, Alemania añade a esto la previa revisión del problema del Sarre como condición para su participación en el Ejército europeo.

Abierta esta brecha en las relaciones franco-alemanas en vísperas de la Conferencia de Lisboa, no eran muy favorables los pronósticos que sobre los resultados prácticos de la misma podían hacerse. De aquí que la petición del canciller de Bonn para que los Estados Unidos hicieran uso de sus buenos oficios en la disputa, no fuera demasiado necesaria. Los políticos y militares norteamericanos, desde Acheson hasta Eisenhower, no dejaron de manifestar su preocupación por lo que podía dar al traste con los esfuerzos realizados y convertir a la Conferencia atlántica de Lisboa en una segunda edición de la de Roma.

En el informe preparado por el gobierno francés para el debate de la Asamblea Nacional sobre el Ejército europeo se dió a conocer una fórmula de compromiso que pretendía satisfacer la aspiración a la igualdad que movía a Alemania. Se proponían estos dos puntos: 1.º Que Alemania, como miembro de la Comunidad Europea de Defensa, se asociaría a la N. A. T. O. mediante reuniones conjuntas del Consejo de la N. A. T. O. y los seis ministros del Ejército europeo; y 2.º Que cualquier cuestión de política general relacionada con las dos Organizaciones sería tratada primero en conferencias conjuntas de ambas.

Fácilmente se advierte que el propósito del gabinete Faure era el de salvar dis-

tancias, acercándose a la posición alemana en la medida admisible por la susceptibilidad francesa. Pero el debate sobre el Ejército europeo había de ventilarse en una Asamblea dividida, sumergida en una atmósfera de nerviosismo y recelo, que hacía muy difícil esperar una visión realista de las necesidades del momento y de la gravedad de la cuestión a decidir. Desde Londres, donde el día 18 de febrero se reunieron los tres ministros de Asuntos Exteriores de las potencias occidentales, y donde habían de reunirse nuevamente al día siguiente con el canciller Adenauer, se siguieron las vicisitudes del debate con ansiedad. Los comunicados de las conversaciones londinenses, pese a su aparente optimismo, dejaban ver el paréntesis en medio del que se habían celebrado. En la Asamblea francesa, el orden del día gubernamental sufrió la modificación de diversas enmiendas que al fin hicieron triunfar la tesis socialista, que imponía grandes restricciones a la participación alemana. De este modo, el orden del día que al fin fué aprobado en virtud del compromiso a que se vió forzado el gobierno Faure, para salvarse de la crisis, contenía estas dos prevenciones: ningún reclutamiento de contingentes alemanes tendrá lugar antes de la ratificación del Tratado en los respectivos Parlamentos; la Organización atlántica, siendo de carácter defensivo, sólo incluirá Estados que no tengan reivindicaciones territoriales.

Así, el ministro Schuman hubo de emprender el camino de Lisboa con sus posibilidades de negociar extraordinariamente reducidas. Sin embargo, la Conferencia de la N. A. T. O. remontó con relativa facilidad las dificultades con que fué abierta, y se tomaron importantes acuerdos. El más importante de todos, sin duda, el del establecimiento de una comunidad europea de defensa dentro del marco de la N. A. T. O., a través de la cual la Alemania occidental podía contribuir al sistema defensivo. De acuerdo con la aprobación del pleno, los seis países de la E. D. C. —Comunidad Europea de Defensa— confederarán sus fuerzas armadas dentro de la estructura atlántica. He aquí, pues, aceptada, más o menos, una de las fórmulas propuestas por Hallstein en París el 27 de enero. Si esto representa un paso adelante en el propóstio atlántico para crear un Ejército europeo, no quiere decir que estén vencidas todas las barreras para la realización del mismo. No hay que olvidar que los seis Parlamentos de los países que integran el bloque defensivo europeo han de ratificar este acuerdo, y lo cierto es que el tal acuerdo no está en la línea de lo aceptado por el gabinete Faure en la Asamblea.

Por otra parte, el problema del Sarre había sido puesto por Alemania bruscamente sobre el tapete internacional, y no como un problema de relaciones franco-alemanas, sino con toda la importancia de un problema internacional que afecta de lleno a la futura organización europea. Exactamente un mes después de la Conferencia atlántica de Lisboa, la reunión de ministros del Consejo de Europa celebrada en París volvió a dar ocasión al ministro francés Schuman y al canciller Adenauer de ocuparse de esta cuestión. Contra lo que con anterioridad había manifestado, el jefe del gobierno alemán accedió a que la cuestión sarresa no fuera tratada en las sesiones del Consejo, siéndolo sólo en conversaciones directas con el representante de Francia. Nuevamente el comunicado de estas conversaciones puede inducir a engaño sobre el aparente acuerdo que quiere reflejar. Tan es así, que el hecho de haber sido eliminada esta cuestión de las que había de tratar el Consejo de Europa, y por facilitarse al final de las conversaciones de los dos políticos la información de que se había convenido en la forma de llegar a una solución para revisar el problema del Sarre, Adenauer se encontró con dificultades frente a sus compatriotas, que le acusaban de haber claudicado ante Francia. Pero la verdad es que la cuestión sigue planteada en los mismos términos en que estaba antes de las conversaciones. El problema del porvenir de esta rica región está planteado en unos términos de estricto nacionalismo, que fueron ya expresados por el canciller alemán en sus declaraciones de Londres de fines del año pasado. Por eso, si en efecto se lleva a cabo el que el Parlamento del Sarre, libremente elegido, determine el destino futuro de la cuenca carbonífera, no sería Francia la que vería triunfar sus propósitos políticos. Antes bien, tendrían que ceder éstos

delante de las exigencias de una realidad que había tratado de violentar presentando una situación de hecho con antelación a la conclusión del Tratado de Paz con Alemania, como lo demuestra ese nombramiento de un embajador francés cerca del Gobierno de un Sarre apresuradamente considerado no alemán.

Los pasos decisivos dados por la Alemania de Bonn para su integración en el sistema defensivo occidental, su participación en un pie de igualdad en las reuniones del Consejo de Europa y de la Comunidad Europea de Defensa y la muy cercana sustitución del Estatuto de ocupación por acuerdos contractuales firmados con las potencias occidentales, que tienen todo el significado de un Tratado de Paz, son hechos de importancia tan singular que no pueden por menos de suscitar la intranquilidad de Rusia. Y por eso es necesario contemplar, en relación con estos hechos, la nota dirigida por la Unión Soviética a las potencias occidentales para la conclusión inmediata de un Tratado de Paz con toda Alemania elaborado en una conferencia convocada al efecto. Todo el esfuerzo de la política rusa con respecto a Alemania se dirige a evitar que pueda poner a contribución de la organización defensiva occidental su poderosa ayuda. El examen de la nota rusa convence del carácter de amplia oferta a cambio de su neutralidad.

Sin embargo, son muy decisivos los pasos dados ya por la Alemania occidental, y su incorporación a los planes defensivos del Occidente, así como la cesación del estatuto de ocupación, se pueden considerar al término del presente trimestre mucho más cerca de la realidad que hace medio año.

* * *

La VI Asamblea General de las Naciones Unidas reanudó sus sesiones el día 2 de enero, para darlas por terminadas el 5 de febrero. Durante ese último mes de actividad, hay que señalar la aprobación, frente a la oposición soviética, del Plan occidental de desarme y de creación de un organismo de seguridad colectiva. Vichinsky presentó, por su parte, una contrapropuesta acerca de la incondicional prohibición de las armas atómicas y del establecimiento de un estricto control internacional. Pero las potencias occidentales estimaron que las contrapropuestas rusas debían pasar a la recién creada Comisión de Desarme, puesto que es de su cometido hacerse cargo de toda proposición referente a armas atómicas. Y, en efecto, la moción occidental fué aprobada por el Pleno de la Asamblea por 40 votos contra cinco y tres abstenciones.

Otro importante tema del que se ha ocupado la Asamblea general ha sido el de la admisión de nuevos miembros. El día 18 de enero se reunió la Comisión Política para discutir una propuesta presentada por el delegado del Perú, quien se permitió recordar a las Naciones Unidas que era una Organización destinada a recoger en su seno a cualquier Estado que acepte someterse a las obligaciones consignadas en la Carta fundacional y que, a juicio de los miembros de la Organización, esté capacitado para cumplirlas. Sin embargo, la oposición de la Unión Soviética a la solicitud de ingreso de todo Estado que no le es particularmente grato por no estar sometido a su esfera de influencia, hace de hecho imposible el ingreso de ningún Estado. De completo acuerdo con este criterio, el delegado ruso, Jacob Malik, se opuso en la Comisión Política a que se aceptara la admisión de Italia y de otros siete países apoyados por los occidentales, en tanto no se quisiera aceptar su fórmula de «todos o ninguno». No obstante, la Comisión Política aprobó el día 25, por 36 votos contra 9 y 12 abstenciones, la moción peruana, que recomienda que el Consejo de Seguridad tenga en cuenta, al estudiar las nuevas candidaturas, los hechos y pruebas que puedan aportar los Estados que aspiren a ingresar en la Organización, basando sus decisiones exclusivamente en las condiciones de acción previstas por la Carta. Pero esto no remueve el obstáculo principal, que no es otro que el veto ruso, como se demostró el día 6 de febrero al vetar la Unión Soviética, una vez más, en el Consejo de Seguridad el ingreso de Italia.

Ante un obstáculo de esta naturaleza, la única medida eficaz es la eliminación del veto en el Consejo de Seguridad para la admisión de nuevos miembros, lo cual significa una modificación de la Carta, que también puede ser herida de muerte por el veto a tenor de los artículos 108 y 109 de la misma. Pero recuérdese cómo la llamada Propuesta de los Siete fué aprobada por la V Asamblea General de la O. N. U. en octubre de 1950, aun cuando también representaba una modificación de la Carta en su artículo 27-3.º, y esto porque la aparición de ciertos hechos —la agresión norcoreana— ponía en peligro, de no operarse con rapidez, la razón de ser de la Organización.

En el marco de los problemas europeos ha vuelto a adquirir actualidad en este trimestre la cuestión planteada en el Territorio Libre de Trieste. En la Conferencia atlántica de Lisboa, De Gasperi se refirió a ella indicando como única solución su íntegra devolución a Italia. Posteriormente, Tito declaró que el problema podía ser solucionado sobre la base de un acuerdo italo-yugoslavo que complementase el Tratado de Paz con Italia y por el que se estableciese un condominio sobre la totalidad del territorio. El 20 de marzo, con ocasión de celebrarse el cuarto aniversario de la declaración tripartita, se registraron diversos incidentes, en el curso de los cuales la policía aliada utilizó, al parecer, procedimientos algo duros con determinados elementos nacionalistas italianos. El Gobierno italiano protestó con tal motivo ante el Gobierno militar aliado en Trieste, y la población italiana acusó a los angloamericanos de prolongar la situación existente en ese territorio.

Como es sabido, esta cuestión de Trieste no aparece solamente vinculada a Italia, sino que, por parte soviética, se la ha puesto en relación con la conclusión del Tratado de Paz con Austria. Precisamente ahora, despertando la cuestión austríaca del letargo en que estaba sumida desde julio de 1950, las tres potencias occidentales han invitado a Rusia a reanudar las negociaciones para concluir ese Tratado y poner fin a la ocupación. Si efectivamente la Unión Soviética acepta el que este tema vuelva a ser puesto sobre la mesa, pero volviéndolo a vincular a una revisión del problema del disputado puerto del Adriático, los occidentales quizá se vean en la necesidad de prestar oídos a De Gasperi y a esforzarse en que Tito acepte la celebración de un plebiscito conjunto en las dos zonas en que Trieste se encuentra dividido, para determinar su suerte.

Antes de pasar a comentar otros temas de la actualidad internacional situados fuera de Europa, no dejaremos de citar el luctuoso acontecimiento del fallecimiento del rey de Inglaterra, Jorge VI, ocurrido la noche del 5 al 6 de febrero en la mansión de Sandringham. La última salida del monarca había sido precisamente para despedir en el aeródromo a su hija, la princesa heredera, Isabel, y su esposo, el duque de Edimburgo, que partían para un viaje de cinco meses de duración a través de diversos países de la Commonwealth. El día 7 regresaba a Inglaterra la nueva reina, Isabel II, y al día siguiente prestaba juramento en el Palacio de San Jaime ante los miembros del Consejo Privado, el Gobierno y altos dignatarios de la Corte.

* * *

Los conflictos surgidos el pasado año entre Gran Bretaña y Persia, de un lado, y Gran Bretaña y Egipto, de otro, han continuado prolongándose a lo largo de este trimestre, bien que cada uno ha presentado una evolución muy distinta.

Con respecto al primero, a mediados de enero se inició una nueva etapa de negociaciones que, sin caer en un excesivo optimismo, podía creerse había de conducir a algún resultado práctico. Sin embargo, no fué así, y hoy vuelve a plantearse un grave interrogante sobre el futuro de la explotación petrolífera persa. En esta ocasión los negociadores han sido el gobierno persa y el Banco Internacional de Reconstrucción. En un principio, Mossadeq había rechazado algunas de las cláusulas del proyecto presentado por esa entidad internacional, ante el temor de que pudieran supo-

ner el regreso de los elementos de la Anglo-Iranian, o al menos, pudieran dejar sentir a través de ellas su influencia.

El plan del Banco Internacional ofrecía una indudable base de arreglo. De acuerdo con él, se comprometía a prestar el apoyo económico necesario para poner nuevamente en actividad la refinería de Abadán. Si no se llegaba a un arreglo entre la Gran Bretaña y Persia, el Banco Internacional había de tomar la dirección de la industria. Las ganancias obtenidas con la venta del petróleo serían distribuidas de esta forma: una parte la recibiría Persia; otra, el comprador al por mayor, y una tercera, debería ser depositada en el propio Banco director.

Quizá porque esta solución garantizaba la puesta en marcha de la explotación, y quizá también porque el gobierno iraní no deja de reconocer que por parte persa no pueden sustituirse con eficacia todos los elementos técnicos y comerciales de la expulsada Compañía, las primitivas objeciones de Mossadeq no fueron obstáculo para que al fin accediera a reanudar en el mes de febrero las negociaciones. Por parte del Banco fueron éstas presididas por su vicepresidente, Robert L. Garnet, celebrándose las conversaciones en Teherán los días 18 al 22 de febrero. Luego, la misión del Banco se trasladó a Londres, donde puso al gobierno inglés al corriente de las negociaciones. Durante los últimos días de febrero y hasta el 15 de marzo, en que las conversaciones se interrumpieron, el Banco siguió tratando con el gobierno de Teherán sobre la forma de concluir un acuerdo que resolviera satisfactoriamente los puntos dudosos para los iraníes. En efecto, el comunicado conjunto facilitado en esa fecha reconocía haberse llegado a un cierto grado de acuerdo sobre determinados aspectos del problema, pero añadía que «desafortunadamente, no ha sido posible alcanzar un acuerdo sobre ciertas cuestiones importantes». Días después, los representantes del Banco Internacional abandonaban Persia con dirección a Washington.

No es imposible la reanudación de las negociaciones, incluso con el mismo Banco Internacional; pero lo cierto es que la posibilidad de un arreglo vuelve a alejarse y el Irán vuelve a quedar abandonado a las consecuencias de la política petrolífera de su gobierno. Política que, al menos en apariencia, ha recibido la sanción favorable del pueblo persa al ganar las elecciones el partido del Frente Nacional, esto es, al dar el triunfo a Mossadeq y a los que con él han dirigido la campaña de nacionalización petrolífera.

La disputa entre ingleses y egipcios en torno al Canal, por el contrario, ha quedado etapas que parecen decisivas. En un principio, la situación se fué agravando hasta hacer reinar un verdadero estado de guerra entre ambas partes. Los contingentes interesados en la lucha eran cada vez mayores y causaban mayor número de víctimas y más grandes destrozos materiales. Los ingleses utilizaron en diferentes acciones paracaidistas, morteros y carros blindados. La situación alcanzó su momento más crítico con ocasión de la operación dirigida por los ingleses contra Tel el Kebir y el Hammada, aldeas que fueron tomadas militarmente el 17 de enero.

Por esos días se dirigió el rey de la Arabia Saudita, Ibn Saud, a los gobiernos de la Gran Bretaña y de Egipto, proponiéndoles una fórmula para llegar a una solución. Pero la situación pareció entrar en un período distinto cuando el rey Faruk destituyó a Nahas Bajá y a su gobierno, al que vino a sustituir Ali Maher Bajá. Inmediatamente comenzó a hablarse por ambas partes de negociaciones. Un portavoz del Foreign Office se declaró dispuesto a ello, al tiempo que Maher Bajá aceptaba tratar de la cuestión del Oriente Medio.

En efecto, se inició una tendencia a la pacificación y el entendimiento, y la tensión anglo-egipcia bajó notablemente. La participación de Egipto en el cortejo fúnebre que siguió los restos mortales del rey de Inglaterra dió ocasión para que, muy acertadamente, volviera a Londres el embajador de este país. A su regreso a El Cairo, llevaba consigo una carta personal de Eden para el rey Faruk. Cuando el primero de marzo dimitió Maher Bajá y fué sustituido por Hilali Bajá, éste continuó en la misma línea conciliadora, al tiempo que emprendía una campaña para sanear la po-

lítica interior del país. Conciliación que no quiere decir abandono de la tesis nacionalista egipcia, principalmente en lo que atañe a la evacuación de las tropas inglesas de la zona del Canal. Pero sin que por ello las negociaciones tanteadas bajo el anterior gabinete sufrieran un retroceso. Prueba de ello es que el 4 de marzo Hilali Bajá inició sus consultas con el embajador inglés. Durante el mismo mes los contactos se hicieron más frecuentes, y por ello el fin del trimestre se ofrece esperanzador de que la amenazadora disputa del Canal encuentre una solución.

Desgraciadamente, a las crisis persa y egipcia es necesario añadir la de las relaciones franco-tunecinas. Existe en todas ellas un mismo denominador común: el nacionalismo. La raíz inmediata del giro que los acontecimientos han tomado en este trimestre en tierras tunecinas está en el fracaso de las conversaciones de París, a fines del pasado año, terminadas con un carpetazo de Francia sin prestar demasiado oído a las demandas presentadas por Mohamed Chenik. Posteriormente Francia ofreció algunas proposiciones para llegar a una solución, pero no pasaron de ser superficiales. La política francesa está a este respecto impregnada de una tendencia hacia el colonialismo rígido, que la imposibilita para llegar a conclusiones satisfactorias. Buena prueba de ello fueron las medidas tomadas por el gobierno Pinay y que, lejos de ser prácticas, hicieron arreciar los sangrientos desórdenes que sin interrupción se han sucedido estos tres meses en todo el territorio, al mismo tiempo que daba nueva fuerza a la solidaridad con que los países árabes y asiáticos se han presentado con respecto a Túnez. La reclamación que el bloque de los países árabe-asiáticos está dispuesta a presentar ante el Consejo de Seguridad sitúa el problema en un plano internacional en el que, sin duda, Francia no podrá mantener la misma actitud intransigente y de fuerza que ha parecido presidir hasta la fecha su política tunecina.

Saltando desde el complejo mundo árabe y musulmán hasta el lejano Oriente, las consideraciones a que induce al observador de la realidad internacional la contemplación de lo registrado en estos tres meses en tierras coreanas son verdaderamente desoladoras. Seis meses se cumplieron el 10 de enero de la iniciación de las negociaciones para el armisticio coreano, y nada es lo logrado, salvo hacer bien patente el gran interés que las Naciones Unidas tienen en que a toda costa se llegue a algún resultado salvando todos los estancamientos que los comunistas se han complacido en prodigar. Dos puntos de disidencia han sido suficientes para que se hayan sumado tres meses más a estas inútiles negociaciones: la cuestión del canje de prisioneros y la cuestión de la construcción de aeródromos durante la tregua pedida por los rojos. Ni que decir tiene que cuando las agencias comunicaban haberse dado un pequeño paso, lo que se había registrado una vez más era la concesión de los negociadores aliados, intentando siempre vencer la tenacidad de los contrarios. Contrasta con esta actitud la firmeza con que los rojos han mantenido sus puntos de vista en detalles, por lo demás, tan lógicos y admisibles como ese de la voluntariedad en la repatriación de prisioneros. Lejos de ceder en este punto, han sabido sacar de él nuevos argumentos contra las Naciones Unidas y las tropas norteamericanas, con ocasión de los desórdenes suscitados en el campo de concentración emplazado en la isla de Koje.

Y así, un día y otro, los negociadores se han enfrentado en Panmunjon sin que el armisticio deseado pueda por eso considerarse más cercano a la realidad; las noticias de Corea han pasado a tercero y cuarto lugar en las planas de los periódicos, y el frente ha caído en un letargo que sólo rompen los combates aéreos, de los que los aviadores norteamericanos vuelven con la convicción de tener enfrente una auténtica potencia aérea.

Mucho más interés que el examen de la monótona actualidad coreana tiene otro hecho registrado en el Extremo Oriente: el anuncio, por parte del Japón, de que se propone negociar con la China de Chiang. Esto tiene una considerable importancia, porque en el panorama asiático la actitud del Japón, por razones que son obvias, tiene siempre una gran repercusión. Que a Rusia le interesa atraerse al país del Mikado, aunque se negara a firmar el Tratado de Paz y retenga una elevada cifra de

prisioneros nipones, lo pone de manifiesto el mensaje de año nuevo dirigido por Stalin al pueblo japonés. Por otra parte, no interesa en absoluto a los Estados Unidos, dada la política anticomunista que patrocinan, un acercamiento entre Tokio y Pekín, al que siempre propenderá el Japón por las posibilidades comerciales que la China representa para su gran poderío industrial. De aquí que el anuncio de esas negociaciones aludidas hecho por el primer ministro del Japón, Yoshida, lo sitúe en la línea política que para el Extremo Oriente señala Washington.

La reacción inglesa ha sido de disgusto y alarma, y las posibles negociaciones japonesas han sido calificadas de «presiones» norteamericanas sobre el Gobierno del Japón. Una muestra más de la diversidad de criterios políticos que preside la actitud de los occidentales frente a los problemas asiáticos. Lo que no impide que, tanto Inglaterra como Francia, se encuentren dispuestas a buscar la ayuda norteamericana para proseguir la lucha en que respectivamente se encuentran empeñados en Malasia y Vietnam, lucha, en fin, contra el comunismo asiático. «Francia en Indochina y la Gran Bretaña en Malasia deben recibir ayuda», dijo Eden en el discurso pronunciado con ocasión de su investidura de doctor «honoris causa» en la Universidad de Columbia. Y para obtenerla acudieron a Washington, a la conferencia que reunió a primeros de este año a los jefes de Estado Mayor de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, para tratar de los problemas del sudeste asiático. Pero no parece que haya sido un éxito lo logrado, por lo menos en cuanto a traducirse en una ayuda directa por parte de las armas norteamericanas.

* * *

En dos ocasiones hemos visto vibrar el nombre de España este trimestre en medio de la actualidad internacional.

La primera fué ofrecida por el Presidente de los Estados Unidos, señor Truman. El día 8 de febrero, en el curso de su conferencia semanal de prensa, el primer magistrado de la República norteamericana fué interrogado por los periodistas acerca de ciertas declaraciones atribuidas al general Eisenhower sobre la admisión de España en la Organización del Pacto del Atlántico. El Presidente Truman no quiso tratar de este tema, pero sí añadió que nunca había sentido mucho inclinación hacia España.

Estas palabras invitan a hacer muy sabrosos comentarios. Pero aquí hemos de limitarnos solamente a proponer al lector que juzzee la fuerte dosis de impertinencia, imprudencia y falta de sentido político que hace falta para que un Jefe de Estado aluda en esos términos a un país cerca del cual envía representantes diplomáticos. Y dándose, sobre todo, las especiales circunstancias que concurren. Los Estados Unidos conocen la posición estratégica de España, buscan su inclusión en los planes defensivos europeos y negocian la obtención en nuestro suelo de bases aéreas y navales; sus escuadras visitan nuestros puertos, como ocurrió un mes antes, exactamente, de las mentadas declaraciones, con la VI Flota, y son recibidas con toda cortesía; por si fuera poco, el señor Truman pronuncia tales palabras en los momentos en que se efectúa un cambio de embajadores, por tanto, cuando el nuevo ministro, próximo a presentar sus credenciales, debe esperar lógicamente que por parte de su país no se han de suscitar dificultades al éxito de su labor y a la reanudación de las negociaciones emprendidas.

Al día siguiente, el ex embajador norteamericano en Madrid, Stanton Griffis, fué recibido por su Presidente e hizo después unas declaraciones bastante desafortunadas, pretendiendo explicar las manifestaciones del señor Truman.

Por su parte, la Embajada de España en Washington entregó al Departamento de Estado una nota de queja sobre las observaciones hechas por el Presidente de los Estados Unidos, y el día 12 la Oficina de Información Diplomática daba a la prensa española una amplia nota en la que salía al paso de las declaraciones del señor Stanton Griffis.

La segunda de las ocasiones a que hacemos referencia tuvo como escenario la Conferencia lisboeta de la N. A. T. O., inaugurada el día 20 de febrero. Allí, reunidos

Los más altos representantes de esa Organización, quiere decirse de las potencias occidentales, entre ellos los de aquellas que se esfuerzan por tener en sus manos las riendas del mundo, el ministro de Asuntos Exteriores de Portugal, señor Paulo Cunha, en el discurso de apertura, alzó su voz para señalar la ausencia de España de una Organización que reconoce como su primer objetivo levantar un frente común contra la agresión que amenaza al mundo civilizado, esto es, la agresión comunista. Las palabras del señor Paulo Cunha merecen ser recordadas por la ocasión en que fueron pronunciadas y por lo directo de su forma, expresándose sin ambages, sin que la oratoria velara su claro sentido.

Para que no cupieran dudas, aún volvió sobre lo mismo el ministro de Asuntos Exteriores de la nación hermana el día anterior a la clausura. Esta vez fué en unas declaraciones facilitadas a la Agencia United Press, en las que hizo un llamamiento en favor de un pacto tripartito entre España, Portugal y los Estados Unidos, señalando así un camino para que España quede integrada en el bloque defensivo occidental.

FERNANDO MURILLO RUBIERA